

firmar esta observacion con la experiencia y con el ejemplo de innumerables jóvenes de ambos sexos, que cuando estaban en su casa desobedecian á sus padres, pero que despues de algunos meses de educacion se presentaban á ellos reverentes y amorosos: como estas dificultades se fundan generalmente en impertinencias, de las cuales hacen muchísimo caso ciertos padres, y sobre todo ciertas madres poco perspicaces, responderé de otra manera. Ven que cuando sus hijos las visitan no se ponen á besuquearlas eternamente como ántes, y no alcanzan que la educacion les ha mejorado, y que á la confianza excesiva, que quita todos los nervios á la educacion, háse añadido la reverencia que precisa es para los padres, si éstos han de guiarlos algun dia. Se inquietan á veces si no reciben cada correo carta, atribuyéndolo á falta de cariño, y no saben que no depende sino de ligereza juvenil, que huye de añadir á las fatigas acostumbradas del estudio y aplicacion, la de multiplicar aquellas. Hay hasta padres que fruncen las cejas al advertir que su hijo ó su hija vierten algunas lágrimas al salir del colegio ó del monasterio, y no saben comprender que el júbilo de estar en su compañía no prevalezca sobre los demás afectos. Este asombro nace de no conocer el corazon humano. No alcanzan la dulzura inefable que tienen los compañeros de la infancia, los primitivos maestros, y hasta la materialidad de los sitios habitados, de las escuelas y de la capilla, partícipe de tantas suaves afecciones; deploran, en una palabra, que sus hijos tengan un buen corazon y no puedan olvidar de repente todos los beneficios que Dios les ha dispensado mediante una educacion cristiana. Baste lo dicho sobre estas dificultades. Quede que no son aún completamente inútiles para la educacion los religiosos, y ni siquiera las *cabezas ceñidas*.

CAPÍTULO XXIX.

Países católicos.

I. El pueblo católico es el más misero.—II. Los hombres no reconocen como buena la religion si no resulta fuente de bienestar.—III. Prosperidad de Inglaterra.

Hace algun tiempo acostumbra el mundo á deducir de tal modo de la utilidad material el verdadero bien, que ni aun cuando habla de religion se sabe abstener de tal norma. Ni la religion le parece verdadera ó buena si no proporciona ventajas temporales. Como hay algunos necios que, seducidos por las apariencias, creen que otros países de religion diferente de la nuestra han tocado el cielo con la mano por lo que hace á la prosperidad, consideran andrajos é inmundicia cuanto hay entre nosotros, y echan la culpa de nuestra pretendida degradacion al Catolicismo que profesamos. Importa, pues, examinar un poco tal acusacion, de levísima monta en sí, pero que parece de la mayor importancia por el amor desmesurado que tenemos á los bienes sensibles.

I. Ante todo, pues, ¿quién os ha dicho que la religion *debe traer temporal prosperidad*? Esto que suponen no pocos primer principio en este asunto, es la falsedad primera. La religion, por su naturaleza, se ha hecho para objeto que apártase mucho del de proporcionar ventajas materiales: Jesucristo vino á la tierra para establecer entre los hombres los principios de lo verdadero, de lo justo y de lo puro hácia Dios, como tambien de la caridad y de las virtudes individuales y sociales hácia los hombres; vino para traer conocimientos que la humana naturaleza no podia proporcionar por sí, para ofrecer medios que la naturaleza no tenía absolutamente á su disposicion, para esparcir tesoros de

gracias y de bienes sobrenaturales: no se fundó para enseñar los comercios, las invenciones, las máquinas, los telégrafos y los vapores, ó promover de algun modo estos beneficios temporales: ¿por qué atribuirle, pues, aquello para lo cual no se fundó ni fué destinada? ¿No maravillaria quien se lamentase porque las espadas no queman y porque no pincha el fuego? Tales instrumentos no se han hecho para dicho fin: basta que sirvan para el suyo propio: decid lo mismo de la religion: basta para su honor altísimo que sirva para lograr la bienaventuranza, que es su objeto.

La prosperidad temporal, por el lado que indica desmesuradas riquezas, grandes comercios, fábricas y manufacturas suntuosas, especulaciones vastas y árdidas, con las consecuencias de costumbre de grandes asociaciones, capitales en movimiento y ganancias cuantiosas, que son el *non plus ultra* de los deseos mundanos, depende de la naturaleza de los sitios, de la clase de las tierras, y de la vastedad de las sociedades políticas en que los pueblos están reunidos: no depende de la religion. De hecho, introducid la verdadera en un país pobre, de clima insalubre, de tierras infructíferas: ¿pretendereis despues que la verdad religiosa que allí se posee proporcione á dichas tierras el valor y la fecundidad de las de Constantinopla ó Lombardía? Sería una extrañeza esperararlo. Igualmente, introducidla en un país mediterráneo, en el corazon de Rusia ó Alemania: ¿pretendeis que la verdad católica pueda disponer una escuadra que armará fácilmente un país marítimo? De la propia manera un principado ó un reino católico, compuesto de pocas provincias, no dilatadas, ¿podrá nunca reunir los capitales suficientes para las empresas á que no puede llegar casi un vasto imperio? Tal linaje de prosperidad evidentemente depende de las circunstancias naturales, de la bondad del suelo, de la posicion geográfica, de la marcha social y política, y de cien otras razones independientes de todo punto de la religion: ya que no venga alguno á decir que la religion ha de quitar los montes de su sitio, cam-

biar los cauces de los rios, aproximar los mares, y asociar las gentes de una manera más que de otra.

De hecho, tómense los países que profesen la misma religion, pero de condiciones naturalmente diversas, y tendrán el lustre de grandeza exterior proporcionadamente distinto. La Prusia, por ejemplo, es protestante como la Inglaterra. ¡Pero qué! ¿Podrá la Prusia establecer las colonias, abrir los comercios y acumular las riquezas excesivas que tienen ciertas casas de Inglaterra? Si ántes no le dais los mares y los puertos de ésta, jamás le dareis las consecuencias naturales de los mismos. Del mismo modo, tomad dos provincias católicas, pero de diversas condiciones naturales, como la Lombardía y la Toscana. ¿Llegará ésta jamás á las riquezas naturales de aquélla, aun teniendo la misma religion? Si la religion no consigue primero que desaparezcan las montañas que ocupan casi toda la Toscana, y convertirlas en fértiles llanuras, nunca será idéntica su condicion: es, por tanto, evidente que la prosperidad material depende sólo, en su mayor parte, de razones por completo extrañas á la religion.

No temo añadir que tal materialidad de empresas propias de los presentes tiempos tendrán, *ceteris paribus*, siempre mayor lugar en un país que no profese la verdadera religion que en un país católico; porque para consagrarse á ella se necesita tal cuidado ó tal fuerza de voluntad, que difícilmente se hallará en quien tenga alguna religion, y la tome algo á pechos, como los católicos.

Salen mejor en semejantes empresas los que, dejando todo pensamiento del culto divino, se sacrifican completamente á la tierra. Como aspiran á gozar todos los placeres y delicias que puede ofrecer el mundo, necesitan procurarse riquezas. Si las tienen, como la avidez de los placeres nunca dice basta, es preciso aumentarlas siempre más: si no las tienen, es preciso adquirirlas á todo trance. Como ningún amor es más ardiente que el de los goces, ninguna solicitud puede ser más viva que la de aprestar los medios necesarios para los mismos. Además,

una religion falsa no tiene poder para impedir que recurra el hombre á toda clase de medios para enriquecerse, lo cual abre una gran mina de bienes mundanos. Si para ganar oro conviene envenenar provincias enteras con el ópio, se envenenan, con tal que se gane; si conviene promover la más clara é infame idolatría, se disponen fábricas inmensas de ídolos monstruosos, y se cargan las naves. Si para reunir dinero conviene una usurpacion injusta por completo, no se hila delgado, y seda muerte á príncipes, se confiscan provincias y se dilata el propio imperio; si para cobrar impuestos y subsidios evidentemente desproporcionados á las fuerzas de los que deben pagarlos, es necesario recurrir á la tortura, á la argolla y á la estrangulacion, se desgarran, se destroza y se cuelga, con tal que vaya el dinero á las cajas: si para la prosperidad de las propias manufacturas aprovecha el exterminio de la industria de otros países, se disponen revoluciones con el oro y se perturban pueblos y naciones, á fin de que el exterminio de países enteros sea escabel de las propias riquezas. Donde no hay religion, son tantos los medios que se pueden adoptar, los fraudes, las violencias, los abusos y las prepotencias, que fácilmente se logra el intento. Si se puede un particular enriquecer por estas vías, mucho más un pueblo ó una nacion cuyo gobierno recurra á los mismos expedientes. Para el que no viva en el mundo de la luna y sepa lo que pasa de continuo á nuestros ojos, todo esto es evidente.

Sucede todo lo contrario á un católico, ó sea á un secuaz de la verdadera religion. Cuando la conoce y hace caso de ella, su mente se llena de doctrinas que le amaestran para que no se cuide de tal modo de los bienes del mundo, que vaya por esto á perder los del empíreo. Sabe que si bien las riquezas pueden ser instrumento de mucho bien, constituyen un peligro no leve para quien se las procura sin moderacion y las posee con demasiado afecto. Sabe el católico que es preciso moderar los deseos del corazon y quitar los incentivos á las pasiones; sabe que á la otra vida no llevará los capitales que acu-

mulado haya en la presente; sabe que la voz augusta del Salvador del mundo proclamó con la palabra y el ejemplo bienaventurados los pobres de espíritu, y que amagan desdichas á los ricos: todos estos conocimientos apagan en gran manera la fiebre y el ardor de las riquezas materiales.

Mucho más después si sabe que no puede ni debe promover su bien sino con modos justos, leales y lícitos. Esta persuasion suya, al cabo de algun tiempo, extiéndese á su gobierno; la opinion pública de un país católico sufriria mucho si quien lo rige violára impunemente la justicia. Sólo Inglaterra, por ejemplo, se puede enriquecer, como lo hace en China, en las Indias, en Oceanía, en Portugal, en Grecia, en su mismo país, con el ópio, con extorsiones, con ídolos, con monopolios y con la opresion de sus propios obreros. Sólo la Holanda puede traficar con el Japon, á condicion de escarnecer á Jesucristo. Francia é Italia no podrian hacer otro tanto: el gobierno que lo intentase caeria bajo la execracion universal. ¿Qué maravilla, pues, que un país y un gobierno que no tienen los sentimientos inspirados por la verdadera religion puedan aumentar por dichos medios las ventajas temporales?

Entre las antiguas naciones, la judáica, que poseia la verdadera religion, no llegó jamás á la grandeza material á que llegaron Tiro y Sidon, Ecbatana y Babilonia, Grecia y Roma, que estaban envueltas en las tinieblas del gentilismo. Los judíos, por el contrario, consiguieron tan pobre honor y reputacion, que donde quiera se mostraron, fueron escarnecidos y despreciados: ¡Profundo juicio de Dios! No quiso que los que poseian el inmenso tesoro de la verdad religiosa poseyesen tambien la gloria extrínseca de ser los primeros en los bienes mundanos. Este desengaño completamente admirable nos hace conocer que la grandeza material y la prosperidad terrena, que para muchos constituyen todo bien, para Dios son tan pobre cosa, que hasta las concede á sus enemigos.

II. Mas los hombres no están dispuestos ya,

replicaba un autor moderno, en nombre de los idólatras del siglo, á reverenciar como buena una religión que no proporcione á sus secuaces también el mayor cúmulo de prosperidades terrenas, no promueva el comercio, las asociaciones, el bienestar material, y todos los incrementos de la civilización moderna. ¿Qué quereis? Así piensa el mundo.

Responderé á éstos, y á cuantos piensan del mismo modo. Es falso, en primer lugar, que los hombres opinen así universalmente, porque los católicos no piensan, por regla general, de la propia manera, y anteponen la religión á cualquier bien humano, y aún á la vida. Sirva de ejemplo la Irlanda: ántes que participar de todas las dichas de Inglaterra con detrimento de su fé, se ha sometido voluntariamente, no sólo á la privación de toda grandeza exterior, sino también al hambre, al trabajo, á las incomodidades, á todo género de persecuciones durante tres siglos: no está dispuesta ciertamente á cambiar de opinion. Algun católico que no ame y venda su fé, la podrá posponer á determinado beneficio; mas nunca el pueblo católico en su parte mayor y más sana.

En segundo lugar, decís, los hombres no están dispuestos á querer una religión que no procura los bienes de este mundo. ¿No lo están? Peor para ellos: si no están dispuestos, que se dispongan. A muchas cosas no estaría dispuesto el mundo; mas no se dirá que por esta razon haya cambiado Jesucristo de parecer. Cuando comenzó á predicar su doctrina celestial, el mundo no estaba muy decidido á recibirla: mas no por esto la retractó, diciendo, por el contrario, que se condenaria el que no creyese: *Qui non crediderit, condemnabitur*. Más tarde no parecían tampoco muy decididos á creer los pueblos gentiles, y durante algunos siglos lo demostraron mediante su oposición al Cristianismo, persiguiéndole con el hierro y el fuego; mas ni aun por esta oposición cambió Jesucristo su obra, siendo preciso que se doblegasen todos los que salvarse querían. Iguualmente, si fuese positivo que algunos no estu-

vieran dispuestos á recibir una religión que no proporcione todos los bienes terrenos, no tendrian que hacer más que irse disponiendo, considerando que para huir de una eternidad de tormentos, ú obtener otra de recompensas, no hay otro camino que convertir la necesidad en virtud, y poner prontamente manos á la obra. Finalmente, para usar esta palabra, y declararse no dispuestos á recibir la Religión, esto es, para establecer á Dios las únicas normas y condiciones bajo las cuales se recibirán sus revelaciones, se necesita un grado tal de audacia y de arrogancia, que sobraría para un demonio.

¡Ay! Si nuestros padres en la fé hubieran aceptado por criterio de verdad las grandezas temporales, aún estaríamos adorando á Júpiter, á Saturno, á Venus y á toda la podredumbre que llenaba los templos paganos. Qué dicha terrena podia procurar en los siglos primeros la fé de Jesucristo, nos lo hacen saber las historias eclesiásticas. Proporcionaba muchas veces el destierro, la pérdida de los propios bienes, la persecución hasta dentro de las selvas y precipicios, la muerte, por último, con todo género de carnicerías. ¡Lástima que aquellos generosos no hubieran aprendido aún á discernir la verdadera religión con la luz de la prosperidad temporal! Hubieran hecho pronto el raciocinio siguiente: prepara el paganismo á sus adoradores riquezas, honores, placeres y bienestar: el pueblo romano, que es sin duda el más inclinado á todas las supersticiones idolátricas, va delante de todos los pueblos del mundo, al paso que el Cristianismo nos somete á todos los males de la vida, es odiado por todos, y no dispone para sus secuaces sino patibulos y matanzas; ¿ea, pues: ¿se puede dudar más tiempo de cuál es la verdadera religión? Quien hubiera empleado aquel criterio, hubiese deducido de seguro tales consecuencias.

Afortunadamente para ellos y para nosotros, los indicados pueblos no habian subido á tal grado de civilización que midiesen lo verdadero, lo justo, lo santo y lo debido con la vara de lo útil, y, sobre todo, de lo útil contemporáneo, terreno, animal. Es-

taba reservado á un siglo progresivo, filosófico, iluminado, admitir como criterio de la verdad religiosa el aumento del caudal, la abundancia de los licores, la magnificencia de los teatros, la vastedad del comercio, la multitud de las riquezas, y hacer de todo un argumento sobre la bondad del culto. Espero que ningun lector discreto desconocerá cuán falso es el principio que algunos fijan, de que la religion ha de procurar los bienes humanos.

III. Por lo demás, viniendo á los hechos ahora, ¿es positivo que los pueblos católicos son los últimos de la tierra en cuanto á ventajas temporales? Si lo fuesen, debería por esto amarse lo mismo la religion, porque sería muy pobre ganancia la de dar cielo para tener tierra; la verdad es que, léjos de que sean los pueblos católicos los últimos del universo en cuanto á prosperidad temporal, es certísimo que son los primeros. Algun lector, comparando calladamente aquí la Italia con lo que se han complacido ciertos escritores en pintar de la Inglaterra, está gritando á lo ménos en su corazón contra la paradoja, la mentira, la calumnia y la falsedad palpables: la cosa, empero, no es sino la referida, y nada se puede sostener en contrario.

La prosperidad temporal de un pueblo no consiste en que algunos puedan escudriñar todos los mares, ir á todos los puertos, comerciar con todas las gentes, y tener preponderancia en todo el mundo: consiste su prosperidad temporal en que la multitud entera logre á lo ménos los bienes temporales necesarios para una vida cómoda, unidos á la cultura del entendimiento y á la posesión de la verdad. Ahora bien. En todo esto, ninguno que haya examinado la cuestion desapasionadamente podrá negar á la Italia una inmensa ventaja sobre la Inglaterra.

El protestante Cobbet, con documentos mayores de toda excepcion, demostró cuál era la prosperidad de la Inglaterra católica, y el extremo á que ha llegado en nuestros dias. Demostró, con la respetable autoridad del gran canciller Fortescue, que el pueblo tenía entonces *alimentos en grande abundan-*

cia, con toda especie de carnes y de pescados, de lo qual háy mucho en todas partes; que vestia paños de buena lana, y que sus casas estaban provistas de todo lo necesario para llevar una vida cómoda y feliz. Con los mismos documentos del Parlamento demostró que *el alimento de las clases más pobres era la vaca, el tocino, el carnero y el cordero; y con los registros en la mano notó que las cosas necesarias para la vida, aun igualado el valor de la moneda de entónces con la nuestra, costaba mucho ménos de la mitad, como tambien, finalmente, que la denominacion de pobres ni aun se conocia en aquel país.*

Con la introduccion de la llamada Reforma cambiaron las cosas. Confiscadas todas las rentas de la Iglesia, que eran el patrimonio de los pobres, se presentaron éstos á enjambres para mendigar en público. Para reprimirlos, se dió la facultad á los *chérifs* de cortarles parte de una oreja: en caso de reincidencia, condenábanse á muerte como los criminales. Eduardo IV comenzó su reinado con un acto por el qual castigaba á los mendigos con *marcarlos con un hierro candente* y con *hacerles siervos por dos años*, dando á sus señores la facultad de atarles con un collar de hierro, alimentándoles sólo con pan y agua. La reina Isabel lo intentó todo para impedir la mendicidad, pero inútilmente: debió decretar *la tasa de los pobres*, ó sea el más alto deshonor para un pueblo; á pesar de esto, al recorrer la Inglaterra, hallábase tan rodeada de pobres, que decia: *pauper ubique jacet*. En los tiempos posteriores fué aumentando siempre el número de ellos, y se hizo la pobreza cada vez más grave. Segun relacion de un *chérif* de Wittshire de 1821, el alimento común de los aldeanos y de los peones del campo son las patatas; un bando de los magistrados de Norfolk, en 1825, fija en tres dineros la merced de un operario; los jueces del Banco del Rey decidieron que el alimento común de los operarios debe consistir en pan y agua; un parte venido del condado del Norte, en 1826, publicado sobre el lugar, nos hace saber que hállase próxima gran nú-

mero de gente á morir de hambre; que vários se alimentan con carne de caballo, inmundicias, etc.

En nuestros días sucede lo mismo. Aduciré, sacándolas de Margotti y de otros, algunas pruebas y autoridades á este propósito, completamente irrefutables. El *Morning-Post* publicó hace algunos años una terrible descripción de Lóndres durante la noche, que no era inventada por el periódico, sino el resultado de una pesquisa. Más recientemente, Mayhew escribe: «Durante la noche, cuando cesa la confusión de la vida, y las tiendas se cierran, sobre los bancos de los *parks*, en los nichos de los puentes, y encima de las mesas de los mercados, véanse como amontonados los que carecen de todo, y los mendigos... Allí, sobre las gradas de una puerta, se hacen un ovillo criaturas con los pies desnudos, á los cuales el mendigar diario no dió lo bastante para el albergue de una noche: donde el gas sale fuera en una llama considerable á fin de advertir que allí hay escombros ó peligros, v. gr., porque se compone la calle, acude formando círculo una muchedumbre de ociosos, de los que unos están adormecidos, y otros con la pipa en la boca. Después, al volver la luz del día, salen fueran los pobres vagando en su suciedad; otros, con alforjas untosas sobre sus espaldas, recogen en ellas montones de polvo, y se ganan la vida buscando huesos que se arrojan á la calle, andrajos ó trozos de hierro viejo.»

Más dirijámonos en el invierno al albergue en Playhouse Yard, y hallaremos allí una gran muchedumbre de pobres sin casa, reunidos al anochecer alrededor del asilo, aguardando que se abran las puertas, con los pies desnudos, lívidos, llagados del frío por haber caminado todo el día sobre la nieve y el hielo de los caminos. Aguardan expuestos al viento, que penetra rígido en sus andrajos y les atormenta. Oír los gritos de los hambrientos, de los jóvenes temblorosos, y las disputas de la muchedumbre ávida que allí se reúne para obtener albergue por una noche y una libra de pan, es cosa de morir de dolor. «Cuando visitamos aquel albergue,

dice Enrique Mayhew, había en él más de cuatrocientas criaturas reducidas á la última miseria, agrupadas junto á la puerta: madres con sus niños en el seno, padres con sus hijos al lado, gente sin amigos, sin dinero, sin camisa, sin calzado, sin pan, sin casa, etc.» Este albergue es uno de tantos que están en la misma condicion. El periódico médico inglés más acreditado asegura que 21,770 irlandeses murieron de hambre en un año en los caminos desiertos de las nativas montañas, ó en sus covachas infectas. La cifra está sacada de los cuadros anuales del censo irlandés, y el *Medical Times* advierte que el número de muertos de hambre registrado oficialmente, no puede ménos de ser más bajo que el verdadero. Los periódicos ingleses del 19 de Setiembre de 1856 contaban de una madre y de una hija que la policía cogió mientras á puuto estaban de arrojar en el Támesis, á fin de huir del hambre. El *Times* refería la historia de una madre con cuatro hijas que morían de hambre en Lóndres en Agosto de 1856. Smart, retratista excelente, fué hallado muerto en el ángulo de una vía subterránea: el exámen de su cadáver puso en evidencia que había el infeliz muerto de hambre. El Dr. Letheby, encargado de visitar los conductos subterráneos de la capital de Inglaterra, en una pequeña parte de Lóndres, dió cuenta, sólo en tres meses, de cincuenta y ocho muertos por violencia ó inanición. Desgraciadamente de hechos parecidos se podrían recoger á centenares. Durante un siglo, esto es, del 1748 al 1848, la población de Inglaterra triplicó; mas durante el propio tiempo, el pauperismo oficialmente reconocido vino á ser ocho veces más numeroso. Por lo cual Lóndres, segun las cifras oficiales, tiene un pobre por cada ocho habitantes; pero, segun la realidad, como nota Roberto Pashley, uno por cuatro, mientras París apenas tiene uno por cada diez y seis, y Roma tiene siempre, segun las estadísticas oficiales, uno por cada ochenta, á lo ménos mientras fué gobernada por los Papas. Hé aquí por qué tuvo razon Máximo de Azeglio cuando escribió que, á diferen-

cia de tantas otras naciones, el vulgo italiano se puede decir que desconoce la miseria y el hambre.

Además, el socorro que á los pobres se da, y la manera cómo se tratan en la muy civilizada Inglaterra, es, gracias á Dios, desconocido en nuestros países. No supliendo la caridad privada, que por el protestantismo háse casi apagado en los corazones, fué preciso recurrir á una contribucion en su favor; pero además de que las sumas recogidas no corresponden á la necesidad, aún se reducen á menos para el auxilio, porque las disminuyen considerablemente los gastos de administracion: los pobres son, en fin, cuidados del peor modo, y sufren los tratamientos que se usan en las cárceles. El pueblo, por otra parte, ha llegado al límite de la degradacion. La Iglesia anglicana sólo se ocupa en los ricos; de aquí que no haya en los pobres instrucción religiosa, sentimientos de moralidad, idea de la doctrina de Jesucristo, frecuencia á las iglesias, ni alguno de los bienes sobrenaturales concedidos á los hombres por el Redentor. Parecen desheredados de todos los derechos de la humanidad. Daré la prueba en el capítulo siguiente.

Aquí añadiré una palabra sobre los operarios, que constituyen en todos los países una gran parte del pueblo, y en Inglaterra la mayor: son los más oprimidos y sobrecargados de la Europa entera. La duracion de su trabajo diario es mayor, y más abyecta la índole del mismo; hacer máquinas dentro de talleres interminables, ó matarse á miles dentro de los pozos del carbón fósil. En cuanto á su alimento, el más mezquino y escaso que pueda encontrarse: agua cruda y pocas patatas, porque el gran problema que se agita entre los economistas anglicanos, los señores y los fabricantes, es ver si el operario puede obligarse á quince horas de trabajo, en vez de doce, y si para sustentarlo puede bastar diez onzas de patatas, en vez de doce (1).

Tuviesen á lo ménos asegurado siempre aquel trozo de pan tan escaso y mísero; pero al menor

(1) Véase *Curci Divina*, tomo II, pag. 368.

disturbio que suceda en Europa, y no bien á prosperar comienza el comercio en cualquier otro país, los operarios, que allí existen en número mayor del que se necesita, encuéntranse de súbito en la calle. Hé aquí algunos hechos de hace tres años. En Febrero de 1857 inmensas tropas de operarios paseaban en Lóndres por la calle de Oxford, exclamando á cada momento en tono deplorable: *Todos sin trabajo, todos muriéndonos de hambre!* E iban dando vueltas por Lóndres diciendo siniestramente: *¡Ay, ay!* Por entónces habia millares y millares de obreros sin trabajo: 9,000 carpinteros, 8,000 blanqueadores, 16,000 albañiles, 2,000 herreros, reuníanse en Smithfield pidiendo pan. El *Daily News* publicaba, sin que nadie dijera cosa en contrario: «Duélenos oír que en todo el condado de Lancastre el siniestro preludio de la miseria preséntase en la puerta de las fábricas que se cierran, y en el sordo murmullo de los obreros sin trabajo que á grupos consternados entran en sus casas. En Blackburn, uno de los más grandes centros de los hilados de algodón, centenares de obreros son despedidos cada semana. Once fábricas fueron cerradas en un solo día, y otras seguirán el ejemplo. Entre las fábricas cerradas hay cuatro que han vendido ya sus máquinas, y cinco están de venta con todo lo que contienen.

»En Preston las fábricas de algodón no trabajan más que cuarenta horas por semana. En Carlisle se trabaja sólo cuatro dias de ella, y háse advertido á los obreros que las horas del trabajo serán más reducidas aún, con la disminucion, por supuesto, tambien del salario. En Derby los obreros de sedas están sin trabajo, y, segun el *Daily News*, bajo los auspicios del síndico se han abierto suscripciones públicas para proporcionar alimento, sobre todo á las mujeres. De una relacion presentada estos dias por el jefe de policía de Manchester, resulta que de 87 fábricas de algodón, que ocupaban á 24,294 individuos, sólo quedaron en actividad completa 30, con 10,273 personas. Dos manufacturas de seda cerráronse, poniendo en la calle á 1,750 obreros. De

un total de 233 talleres de tintorería, de máquinas y de fundición que daban que hacer á 45,000 obreros sólo 16,000 conservaron todo su trabajo, 18,000 lo tienen reducido, y ganan, por consiguiente, ménos: más de 10,000 están ociosos. ¡Y estas cifras (añade la relación) no presentan aún la medida cabal de la miseria de Manchester!

»En Rochedall y en los alrededores, 1,770 obreros sólo trabajan la mitad de la semana, con salarios reducidos, y 1,700 no tienen trabajo alguno. En el arrabal de Stockport se cuentan 49 fábricas, de las cuales 35 están cerradas, y no trabajan sino temporalmente, con salario reducido. En Middleton y Tonge la miseria es considerable entre las clases trabajadoras, y sobre todo entre los obreros de seda que forman la masa de la población. En fin, en Usthton, Burg, Bacup, Barnley, Balton, Charley, Accrington, Coln, Wigan, países todos sumamente poblados, un número considerable de obreros están sin trabajo ó á medio jornal, y la miseria muéstrase allí en proporciones iguales á lo ménos á la de Manchester.» De Lóndres dice una reciente correspondencia: «Las poblaciones obreras ya discurren como en el año último por las calles populosas de Lóndres, asordando y entristeciendo á los transeúntes con su gritería mas bestial que humana.» En Inglaterra los salarios, desde el 1824 al 1857, disminuyeron en ciertos casos de tres cuartas partes, y en otro de dos terceras. ¡Y dichosos de los que hallan salario! Tales son las condiciones del obrero en Inglaterra, mientras yo escribo, dice Margotti, que fué á recoger en el país todos los apuntes recientemente citados. Ahora bien. ¿Quién ha visto ó escuchado nunca cosa semejante en Italia, ni que se acerque á un estado de cosas parecido? ¿Dónde, pues, existe la prosperidad tan decantada de aquel país relativamente al nuestro?

Debería decir también una palabra del comercio, que por haberse extendido tanto, y ser tan vasto en aquella nación, parece habria de procurar, á lo ménos á los que á él se dedican, todas las ventajas temporales. Mas aún aquí, dejando aparte las apa-

riencias, ¡cuánta materia de desengaño! ¿De quién es aquel comercio tan portentoso? ¿Para quién sus ventajas? ¿Acaso para el pueblo, ó para la mayoría de la nación? Ni pensarlo. Algunos pocos capitalistas y algunas sociedades de riquezas inmensas, atrayéndolo todo á sí, perjudican el comercio de los particulares que no pueden competir con ellas. Para el pueblo quedan las fatigas mencionadas en las manufacturas, la vida de gitanos que lleva por el mar, arrojarse aquí y allá sobre toda ribera donde pueda conseguirse cualquier ganancia en beneficio de un amo que, aún remunerándole con algun dinero, le ha quitado lo más suave entre las cosas humanas: patria, parientes, amigos y todas las costumbres más alegres de la vida. Hé aquí cuál es la prosperidad tan ensalzada de aquel país envidiado por tantos necios. Han llamado dichoso el pueblo, dice el Espíritu Santo, que tiene toda esta grandeza humana. Nada de ello: es solamente dichoso aquel pueblo que tiene por Señor á su Dios: *Beatus populus cuius Dominus Deus ejus.*